



SECRETOS DEL APOCALIPSIS



JACQUES B. DOUKHAN



Secretos del Apocalipsis

El Apocalipsis visto a través de ojos hebreos

Jacques B. Doukhan



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Prefacio: Un libro extraño

Introducción: “Viene”

Primera parte: Tormentas

Capítulo 1: Carta abierta a las iglesias

Capítulo 2: La jihad cristiana

Capítulo 3: Los shofars de la muerte

Segunda parte: El cielo es escarlata

Capítulo 4: El diablo y la mujer

Capítulo 5: De hombres y bestias

Capítulo 6: Ángeles que dan voces

Tercera parte: Noticias del este

Capítulo 7: Las copas mundiales

Capítulo 8: La Guerra de las Galaxias

Capítulo 9: La Jerusalén de oro

Conclusión: “Vengo”

Secretos del Apocalipsis

El Apocalipsis visto a través de ojos hebreos

Jacques B. Doukhan

Título del original: *Secrets of Revelation. The Apocalypse Through Hebrew Eyes*,
Review and Herald Publ. Assn., Hagerstown, MD, E.U.A., 2002.

Dirección: Pablo M. Claverie

Traducción: Claudia Blath

Diseño de tapa: Rosana Blasco

Diseño del interior: Giannina Osorio

Ilustración de tapa: Shutterstock

Libro de edición argentina

IMPRESO EN LA ARGENTINA - Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. *Copyright* de la edición original en inglés © 2002 Review and
Herald Publ. Assn. Edición en castellano © 2007 ACES.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-159-9

Doukhan, Jacques B.

Secretos del Apocalipsis: El Apocalipsis visto a través de ojos hebreos /
Jacques B. Doukhan / Dirigido por Pablo M. Claverie. - 1ª ed. - Florida :
Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo digital: Online

Traducción de: Claudia Blath.

ISBN 978-987-798-159-9

1. Apocalipsis. I. Claverie, Pablo M., dir. II. Blath, Claudia, trad. III. Título.

CDD 229.94

Publicado el 05 de mayo de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana
(Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

***A mi hija Abigail,
que compartió el peso de la Palabra
y la luz de la visión.***

Prefacio

Un libro extraño

(Apocalipsis 1:1-3)

La Mishná cuenta la historia de cuatro sabios famosos que entraron en el *Pardes*, el paraíso místico de la visión apocalíptica.¹ Sin embargo, ninguno sobrevivió a la visita. El primero murió inmediatamente, el segundo perdió la fe y el tercero enloqueció. En cuanto al cuarto... se proclamó como el Mesías.

Esta parábola nos deja –entre sonrisas– una advertencia importante: el concepto del apocalipsis es peligrosísimo. Tiene un halo de muerte, de fatalidad y de temor. A veces el temor ha llegado a ser tan paralizante, que algunos ni siquiera soportan pensar en él. Alguien, en cierta ocasión, dijo que “o el apocalipsis encuentra a un hombre loco o lo vuelve loco”. Desde David Koresh, en los Estados Unidos; Shoko Asahara, en el Japón; y Luc Jouret, en Europa; hasta todos estos “místicos” que todavía se dan prisa para ir a Jerusalén² a fin de hallar al Mesías o para serlo ellos, el concepto del apocalipsis ha inspirado a muchos hombres locos e incluso ha causado mayor delirio.

Por lo tanto, antes de aventurarnos en el libro bíblico del Apocalipsis, necesitamos prepararnos y asegurarnos que lo leeremos y lo comprenderemos de la manera en que Dios quiso que fuese. Con ese propósito, los primeros tres versículos indican la naturaleza del libro y sirven de pauta

en cuanto a la forma de enfocarlo; y de disfrutarlo y sobrevivir.

- * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * -

En primer lugar, el autor es judío. Su nombre hebreo *Yohanan* (YHWH es misericordioso) era relativamente común entre su pueblo. Aparece en los tiempos bíblicos,³ y Flavio Josefo menciona a 17 hombres diferentes con ese nombre. También es el nombre de varios antiguos rabinos famosos, como Yohanan ben Zakkai (siglo I) o Yohanan el Fabricante de Sandalias (siglo II). Nuestro Yohanan probablemente sea la misma persona que escribió el evangelio de Juan, Yohanan ben Zebedeo, hermano de Jacobo y el discípulo amado de Jesús (o Yeshua). La tradición cristiana es unánime en este tema. Policrato, obispo de Éfeso (130-196 d.C.), claramente avala la presencia de Yohanan en Éfeso, lo que podría explicar la especial preocupación del autor por la iglesia de Éfeso en Asia.⁴ El autor del Apocalipsis es verdadero. El lugar donde estaba, “Patmos”, era una pequeña isla de 26 kilómetros cuadrados rodeada por el Mar Egeo (la palabra “mar”, *thalassa* en griego, aparece 25 veces en el Apocalipsis). Según la tradición, Domiciano, el primer emperador (81-96 d.C) que se tomó en serio su divinidad y solicitó que su pueblo lo adorara como a Dios, exilió a Yohanan allí y lo sentenció a trabajos forzados en las canteras. Los judíos y los cristianos, a quienes llamaba “estos ateos”, puesto que se negaban a honrarlo como deidad, le eran especialmente molestos. Según Jerónimo,⁵ los romanos deportaron a Yohanan catorce años después de la persecución de Nerón (94 d.C.) y lo liberaron dos años después de la muerte de Domiciano (96 d.C.). Una deportación así era común bajo el régimen romano, y generalmente involucraba a figuras políticas. Los prisioneros

perdían todos sus derechos civiles y de propiedad. En la introducción del Apocalipsis, Yohanan se identifica como un testigo, un “*martus*” (Apoc. 1:2), que estaba pasando por “tribulación” y “estaba en la isla de Patmos, por causa de la palabra de Dios” (vers. 9). Desarraigado del pasado, de la familia, de los amigos, de la casa y del entorno familiar; abatido por el trabajo duro y la humillación; al no quedarle nada, salvo la esperanza, el autor del Apocalipsis además era un “mártir” que logró *Kiddush ha-Shem* (santificación del nombre) al mejor estilo de la tradición judía. Y su nostalgia por la patria y las confrontaciones diarias con los opresores solo servían para realzar la identidad judía de Yohanan.

Un libro hebreo

Por consiguiente, el Apocalipsis es más hebreo que cualquier otro libro del Nuevo Testamento. Contiene más de dos mil alusiones a las Escrituras hebreas, incluyendo cuatrocientas referencias explícitas y noventa citas literales del Pentateuco y de los Profetas. En relación con las citas textuales, el Apocalipsis es más fiel al original hebreo que a su traducción griega, la Septuaginta. Ernest Renan observó que “el lenguaje del Apocalipsis proviene del hebreo, está pensado en hebreo y casi no puede ser entendido por los que no saben hebreo”.⁶ Esta característica nos invita a considerar la perspectiva y el contexto hebreos del libro. Para comprender el Apocalipsis, debemos leerlo a la luz de las Escrituras hebreas. Esa es la perspectiva principal de este comentario. Al procurar descubrir las intenciones del autor, analizaremos las referencias a las Escrituras hebreas en sus contextos hebreo y judío. Nuestra interpretación del Apocalipsis, entonces, incluirá no solo una exégesis directa de las Escrituras hebreas cuando sea necesario, sino

también tomará en cuenta las tradiciones y el mundo judíos que refleja el libro.

Un secreto revelado

Desde el mismo comienzo, el libro tiene sus raíces en los “secretos de Daniel”. Incluso la primera palabra, “revelación”, nos coloca en presencia de un secreto a punto de ser revelado. “Revelación, o “apocalipsis”,⁷ viene del griego *apokalupto*, “revelar un secreto”. Este verbo, “revelar”, da la casualidad que también es una de las palabras clave del libro de Daniel (*glh*), en el que aparece siete veces. Al igual que la primera palabra del Apocalipsis, esta también presenta visiones proféticas⁸ y está asociada con la palabra “secreto” (*razah*). Este eco del libro de Daniel en la primera palabra del Apocalipsis sugiere una conexión especial entre las dos obras proféticas. Las “revelaciones de Yohanan” hacen referencia a los “secretos de Daniel”.

Por otra parte, el Apocalipsis comienza con una bienaventuranza que se hace eco de la última bienaventuranza del libro de Daniel: “Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca” (Apoc. 1:3). Daniel declaró: “Bienaventurado el que espere, y llegue a mil trescientos treinta y cinco días. Y tú irás hasta el fin, y reposarás, y te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días” (Dan. 12:12, 13).⁹

Desde el mismo comienzo, el autor del Apocalipsis se coloca en la misma perspectiva que la profecía de Daniel, como lo insinúa el título “Apocalipsis” y la primera bienaventuranza que presenta el libro y orienta al lector. El Apocalipsis alude más al libro de Daniel que a cualquier otra porción de las Escrituras hebreas.¹⁰ Hasta la expresión

técnica “Yo Yohanan”, que utiliza el profeta para presentar su visión,¹¹ se hace eco del “Yo Daniel” del libro del Antiguo Testamento.¹² Ambos libros tienen una fraseología similar. Y ambos tienen las mismas visiones, los mismos temas, las mismas repercusiones éticas y la misma perspectiva profética, que cubre el mismo período de tiempo.¹³

Las similitudes entre el libro de Daniel y el Apocalipsis nos ofrecen las primeras ideas acerca de cómo deberíamos leer este último libro. Las referencias al libro de Daniel nos orientan cuando intentamos interpretar el Apocalipsis. A todos les recomiendo leer el libro de Daniel y mi comentario *Secretos de Daniel*,¹⁴ como contexto para la forma en que el Apocalipsis emplea sus temas y alusiones.

Además, la bienaventuranza que presenta el Apocalipsis sugiere, desde el comienzo, la metodología que debería caracterizar cualquier aproximación a este libro. El pasaje se divide en tres verbos: “leer”, “escuchar” y “guardar” (o “hacer caso” [NVI]).

El libro primero nos exhorta a leer. “Bienaventurado el que lee”. La bendición surge de una revelación, “un secreto revelado”, un apocalipsis. La bienaventuranza sugiere que la felicidad implica la necesidad de una revelación. De lo contrario, no podríamos entender bien. De hecho, la naturaleza de la lectura de este libro es esencialmente religiosa. Es interesante notar que el verbo “leer” es el único en singular: “*El* que lee”. Los otros verbos están en plural: “*los* que oyen”. El lector tiene una audiencia; no está solo. Las palabras que lee deben ser oídas por la multitud: “los que oyen”, según la práctica litúrgica de la sinagoga. Estamos en el contexto sagrado del culto colectivo. El Apocalipsis ha de ser leído como una liturgia; como una

experiencia emocional y mística; como poesía, con sus ritmos, símbolos y lecciones espirituales.

Pero el Apocalipsis es mucho más que un ejercicio litúrgico. La Escritura llama “profecía” a estas palabras. Al tratarse de algo más que emociones, el libro no solo está dirigido a los místicos y a los poetas. De hecho, sus palabras resuenan mucho más allá de los muros del Templo, mucho más allá del local del servicio de culto. Más que una liturgia, el Apocalipsis es un libro que su audiencia debe estudiar y comprender. Pero este enfoque requiere esfuerzo intelectual. Tenemos que “oír” la profecía, lo que significa que tenemos que *comprenderla* en el contexto del pensamiento hebreo (1 Rey. 3:9; Neh. 8:3; Jer. 6:10; Apoc. 2:7; 3:22). Solamente entonces “revelará secretos” e iluminará el curso atormentado de la historia hasta su cumplimiento final, como lo sugieren las últimas palabras de la bienaventuranza: “porque el tiempo está cerca” (enfoque histórico-profético). La concepción hebrea de “oír” también implica una disposición a vivir a la altura de lo que uno entendió. El *Shema Israel* (Deut. 6:4-9) es más que una grata melodía para disfrutar. En hebreo, el verbo “oír” (escuchar, entender) es sinónimo de los verbos “guardar” y “obedecer”. Este es precisamente el mensaje de las últimas palabras de nuestro pasaje: “y [bienaventurados] los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas”. Más allá de la lectura litúrgica que resuena en nuestros oídos y de la profecía que desafía nuestra mente, el libro quiere conducirnos para que le entreguemos nuestra vida a Dios, que esté a tono con “las cosas en ella escritas” (enfoque existencial). La bienaventuranza, por lo tanto, señala hacia las primeras palabras del libro, e identifica el mensaje escrito como una revelación de lo Alto: “La revelación [...] que Dios le dio” (Apoc. 1:1). Deberíamos entender la “revelación de Yohanan” (el título antiguo del

libro)¹⁵ como una revelación *para* Yohanan. Por cierto, el Apocalipsis es una verdad divina encarnada en la palabra escrita, que exige el penoso esfuerzo de buscar el significado del texto en forma ferviente y religiosa (enfoque exegético).

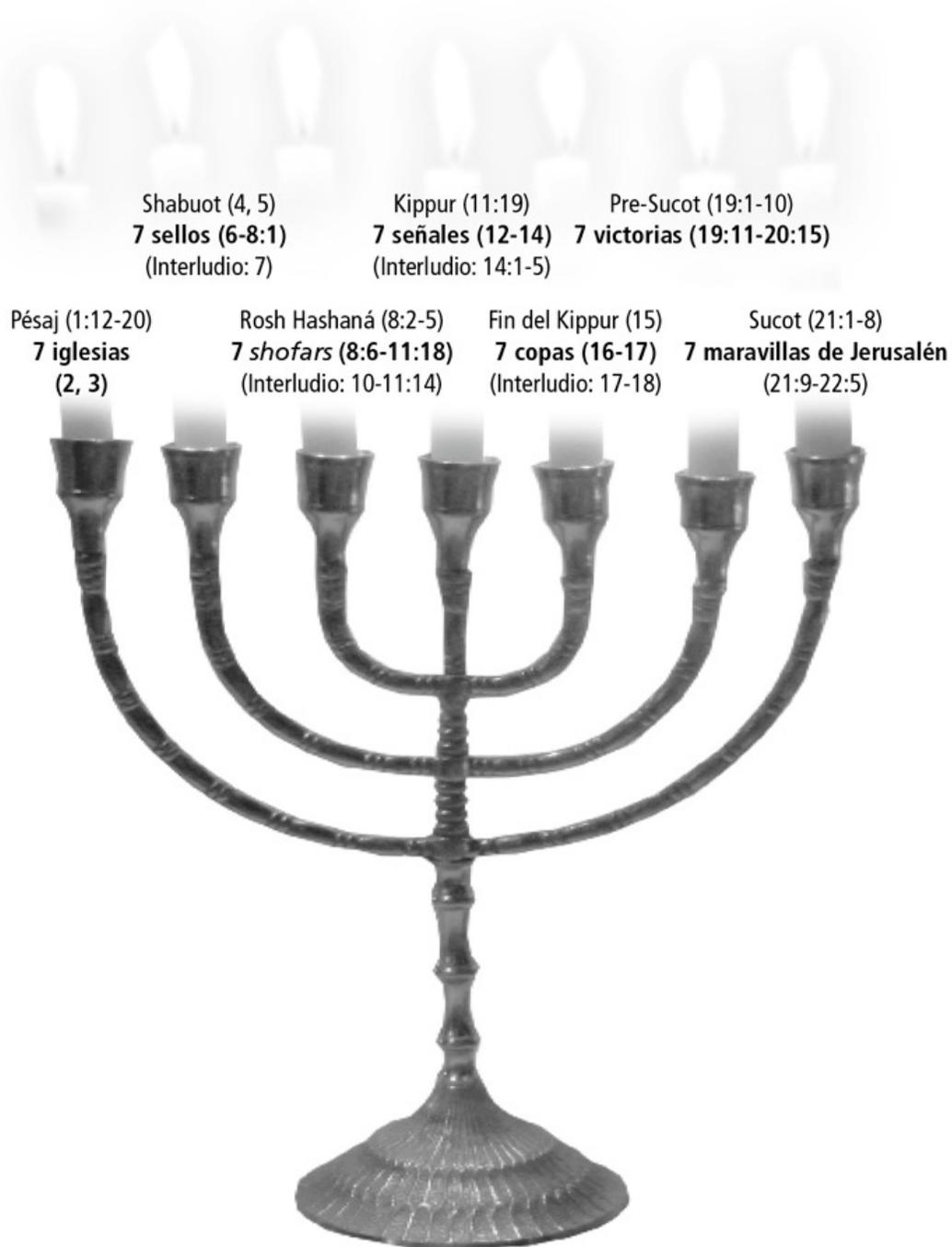
Una estructura Menorá

Deberíamos usar esta multiplicidad de enfoques para estudiar el Apocalipsis, puesto que ya lo insinúa la misma estructura –lo que yo llamo la *menorá*, o el modelo séptuplo– que sostiene todo el libro (ver la tabla Menorá, p.15). La estructura del Apocalipsis tiene las siguientes características.

1. Se desdobra en siete ciclos de visiones, paralelas y simultáneas, similar al libro de Daniel,¹⁶ en forma *quiástica* (por la letra griega *chi* [ji]), que tiene la forma de X), y significa que la segunda mitad del ciclo es el paralelo inverso de la primera (ABC/C'B'A').
2. Al comienzo de cada uno de los siete ciclos, la visión regresa al Templo con una nota litúrgica que hace alusión al calendario de las fiestas solemnes israelitas (como lo prescribe Lev. 23). Por cierto, el libro coloca cada ciclo profético en la perspectiva de una fiesta judía, a la que se alude frecuentemente dentro del mismo ciclo.¹⁷ El autor nos invita a leer el Apocalipsis a la luz de las fiestas judías,¹⁸ rituales que derramaban significado simbólico sobre la historia.
3. Además, como en el libro de Daniel, el Apocalipsis se divide en dos secciones principales (histórico/terrenal y escatológico/celestial), en cuyo medio aparece el Juicio de Dios durante el tiempo del fin y el regreso del Hijo del Hombre (Apoc. 14; comparar con Dan. 7).¹⁹ La

primera parte del Apocalipsis principalmente es una visión profética de la historia desde el tiempo de la vida de Yohanan hasta la Venida de Dios, en tanto que la segunda parte abarca desde la época de la Venida de Dios hasta el descenso de la ciudad celestial. En lugar de interpretar el Apocalipsis como una mera reflexión de los eventos contemporáneos de su autor (interpretación preterista),²⁰ preferiríamos interpretarlos de acuerdo con su propia perspectiva, como una visión de cosas por venir (interpretación histórico-profética), con todos los riesgos de la fe y la responsabilidad que conlleva esa lectura (enfoque existencial).

La forma Menorá del Apocalipsis²¹



Shabuot (4, 5)
7 sellos (6-8:1)
 (Interludio: 7)

Kippur (11:19)
7 señales (12-14)
 (Interludio: 14:1-5)

Pre-Sucot (19:1-10)
7 victorias (19:11-20:15)

Pésaj (1:12-20)
7 iglesias
 (2, 3)

Rosh Hashaná (8:2-5)
7 shofars (8:6-11:18)
 (Interludio: 10-11:14)

Fin del Kippur (15)
7 copas (16-17)
 (Interludio: 17-18)

Sucot (21:1-8)
7 maravillas de Jerusalén
 (21:9-22:5)

Fase terrenal (1-11:18) Fase final (11:19-14) Fase celestial (15-22)

Esta “interpretación histórico-profética” no solo es la más fiel a las intenciones del autor, sino también es la

interpretación más antigua.²²

El libro gradualmente se expande, se desarrolla e intensifica sus temas apocalípticos. Yohanan aquí sigue el ejemplo de Daniel, que repetía y expandía sus visiones (ver especialmente Dan. 2, 7, 8). Las “revelaciones de Yohanan” también son una revelación sola. El título *Apocalipsis* implica tanto un singular como un plural. Por lo tanto, nuestra interpretación de las visiones debería tener en cuenta esta característica literaria de repetición e intensificación (interpretación recapitulatoria). Esa interpretación obviamente desafía una comprensión cronológica del Apocalipsis, que ve los eventos predichos por los sellos como posteriores a los predichos por las cartas; los predichos por los *shofars* después de los sellos, y así sucesivamente (interpretación futurista y dispensacionalista).

- * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * -

Todas estas observaciones preliminares acerca de la naturaleza, el propósito y la forma del Apocalipsis indican que este libro misterioso no fue designado para ser espantoso ni extraño; sino, al contrario, una clara revelación para responder nuestras preguntas y aplacar nuestros temores acerca del futuro.

¹ Hag. 14b; comparar con *TJ Hag.* 2:1, 77b.

² Ver Yair Bar-El, Rimona Durst, Gregory Katz, Josef Zislin, Ziva Strauss y Haim Y. Knobler, “Jerusalem Syndrome”, *The British Journal of Psychiatry* 176 (enero de 2000), pp. 86-90.

³ Jer. 40:16; Neh. 12:23; 1 Crón. 3:15; etc.

⁴ Policrato, *From His Epistle to Victor and the Roman Church Concerning the Day of Keeping the Passover (Ante-Nicene Fathers, t. 8, p. 773)*, citado en Eusebio, *Church History* 5. 24. 3 (*Nicene and Post-Nicene Fathers, segunda serie, t. 1, p. 242*).

5 Jerónimo, *Lives of Illustrious Men* 9 (*Nicene and Post-Nicene Fathers*, segunda serie, t. 3, pp. 364, 365).

6 Ernest Renan, *Antichrist: Including the Period From the Arrival of Paul in Rome to the End of the Jewish Revolution*, trad. y ed. Joseph Henry Allen (Boston: 1897), p. 17.

7 La palabra “apocalipsis” le ha dado nombre a una importante corriente literaria, tanto en la tradición judía como en la cristiana, y se aplica tanto a las fuentes bíblicas como a las extrabíblicas. En las Escrituras hebreas, los ejemplos incluyen a Daniel, Ezequiel, Hageo, Zacarías y algunas partes de Isaías, etc.; en el Nuevo Testamento, hallamos el género en Mateo 24; Marcos 13; 1 Tesalonicenses 4:13 al 18; 2 Tesalonicenses 2:1 al 12; 1 Corintios 15:20 al 26 y 51 al 53. Aparte de la Biblia (escritos apócrifos y pseudoepigráficos), clasificamos como apocalípticos los escritos judíos de 1 Enoc, 2 Enoc, 4 Ezra (2 Esdras 3-14), 2 Baruc, la Ascensión de Moisés, el Apocalipsis de Abraham, el Apocalipsis de Adán, el Apocalipsis de Elías, el libro de los Jubileos, los Testamentos de los Doce Patriarcas, y algunos textos de los manuscritos del Mar Muerto. Sin embargo, debemos comentar que la clasificación de las obras mencionadas arriba como “apocalípticas” sigue siendo arbitraria y artificial. Además, el Apocalipsis conserva ciertas características que lo diferencian de los otros escritos “apocalípticos” (la intención profética, las repercusiones éticas, el optimismo, el autor [cuyo nombre no es un seudónimo de un predecesor más ilustre], etc.).

8 Dan. 2:19, 22, 28, 29, 30, 47; 10:1.

9 El Apocalipsis contiene siete bienaventuranzas (Apoc. 1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7, 14). Las siete hacen referencia al Dios que viene.

10 Ver Henry Barclay Swete, *The Apocalypse of St. John: The Greek Text With Introduction, Notes and Indices*, 3ª ed. (Londres: reimpresión 1917), p. cliii.

11 Comparar con Apoc. 1:4, 9; 22:8.

12 El libro de Daniel emplea la expresión siete veces para presentar las visiones proféticas (Dan. 7:15, 28; 8:15, 27; 9:2; 10:2, 7).

13 Por paralelos y conexiones entre Daniel y el Apocalipsis, ver Richard Lehmann, “Relationships Between Daniel and Revelation”, en *Symposium on Revelation-Book 1*, ed. Frank B. Holbrook, Daniel and Revelation Committee Series (Silver Spring, Md.: Biblical Research Institute, General Conference of Seventh-day Adventists, 1992), t. 6, pp. 131-144. Comparar con Jean-Pierre Ruiz, *Ezequiel in the Apocalypse. The Transformation of Prophetic Language in Revelation 16, 17-19, 10*, European University Studies, Series XXIII, Theology (Frankfurt am Main: 1989), t. 376; y G. K. Beale, *The Use of Daniel in Jewish Apocalyptic Literature and in the Revelation of St. John* (Lanham, Md.: 1984).

14 Jacques B. Doukhan, *Secretos de Daniel: Sabiduría y sueños de un príncipe hebreo en el exilio* (Buenos Aires: ACES, 2007).

15 *The Canon Muratori*, un documento del siglo II, y los escritos de los Padres de la Iglesia dan testimonio de esto (ver David E. Aune, *Revelation*, Word Biblical Commentary [Dallas: Word Books, 1997], t. 52, p. 4).

16 Ver Jacques B. Doukhan, *Daniel: The Vision of the End*, ed. rev. (Berrien Springs, Mich.: Andrews University Press, 1989), pp. 3-6.

17 Las fiestas judías indicadas en los títulos están en hebreo original: Shabbat (el sábado), Pésaj (Pascua), Shabuot (Pentecostés), Rosh Hashaná (Año

Nuevo, o Fiesta de las Trompetas), Kippur (Día de la Expiación), Sucot (Fiesta de los Tabernáculos).

18 Por un modelo similar de fiestas judías en el evangelio de Juan, ver George R. Beasley-Murray, *Juan*, 2ª ed., Word Biblical Commentary (Nashville: 1999), t. 36, p. lix.

19 Ver Doukhan, *Secretos de Daniel*, p. 101.

20 El jesuita español Luis de Alcázar (1554-1614) presentó por primera vez esta interpretación. En contraste con los reformadores que aplican esta profecía al Papado, el teólogo jesuita en cambio la aplica al judaísmo y a la roma pagana contemporánea de Yohanan. El racionalismo alemán del siglo XIX siguió desarrollando esta idea, y esto allanó el camino para el método histórico-crítico.

21 Comparar con K. A. Strand, *Interpreting the Book of Revelation: Hermeneutical Guidelines, With Brief Introduction to Literary Analysis*, ed. revisada y ampliada (Washington, Ohio: Ann Arbor Publishers, 1976), p. 51.

22 Ireneo de Lyon (130-202 d.C.) sostenía esta interpretación. Nacido solo pocos años después de la aparición del Apocalipsis, este Padre de la Iglesia fue discípulo de Policarpo, un mártir que conoció personalmente a Yohanan (ver Eusebio, *Church History* 5. 20. 6 [*Nicene and Post-Nicene Fathers*, segunda serie, t. 1, pp. 238, 239]). La iglesia, bajo la influencia de Hipólito y Orígenes, desechó la perspectiva durante la Edad Media por una interpretación más alegórica, espiritual y moral, pero reapareció en el siglo XVI con los reformadores.

Introducción

“Viene”

(Apocalipsis 1:4-10)

El Dios de Israel

Desde las primeras palabras de saludo, el autor cimienta su profecía en el Dios de Israel: “del que es y que era y que ha de venir” (Apoc. 1:4). La frase nos recuerda la forma en que Dios se anunció ante Moisés (Éxo. 3:14): “YO SOY EL QUE SOY”. El Dios de Israel se presenta como el Dios que no puede ser capturado por una definición teológica ni verse limitado por ella. Sencillamente, es el Dios “que es” aquí, inmediatamente en el presente. Pero el Dios que adoramos hoy es el mismo que el que adoraban en el antiguo Israel. El segundo verbo, “que era”, nos recuerda que era el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Aunque “es” en el presente, así como “era” en el pasado y será más que solo “ser” en el futuro. En vez de utilizar el verbo existencial “ser” para el futuro, Yohanan cambia el verbo e intercambia el verbo “ser” (conjugado en los tiempos pasado y presente) con el verbo “venir”. Por cierto, Dios existe. Pero, a pesar de todo el conocimiento que hemos adquirido de él, y de todo lo que hemos experimentado cuando interviene en la historia, sigue estando siempre remoto, porque aún no ha venido. Solo el futuro depara la promesa de su venida. El futuro nos ofrece mucho más que el pasado y el presente. Más que el Dios de la memoria, más que el Dios de la existencia, de la espiritualidad y de la comunión, él es el Dios “que ha de venir”.

El libro, más adelante, confirma el mensaje por medio de una referencia al Espíritu “delante de su trono” (Apoc. 1:4). Las predicciones del Apocalipsis no son el producto de alguna lectura astrológica ni psíquica. Son certeras porque proceden del Trono de Dios, del Juez soberano del universo, que sabe todas las cosas.

Cuando el profeta Isaías enumera los siete Espíritus que han de coronar al Mesías, lo hace para ilustrar el claro y justo juicio del Mesías que precederá al establecimiento del Reino de Dios: “[...] No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos [...]. Morará el lobo con el cordero [...]. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová [...]” (Isa. 11:3-9).

Cuando el Espíritu de lo alto revela los secretos de la salvación y del Juicio del mundo, el libro se autodefine una vez más como un Apocalipsis: una revelación. Las palabras del profeta, entonces, asumen un tono más cálido, más íntimo, cuando declara que esos secretos vienen “de Jesucristo” (Apoc. 1:5). Yohanan describe tres atributos de Cristo (“testigo fiel”, “primogénito de los muertos” y “soberano de los reyes de la tierra” [vers. 5]), que están relacionados con tres acciones (“Al que nos amó”, “nos lavó” y “nos hizo reyes” [vers. 5, 6]).

Los tres atributos de Yeshua hacen referencia a las tres etapas principales de la salvación: (1) Su encarnación, como testigo de Dios entre la humanidad; (2) Su muerte, que nos salva, y su resurrección; y, finalmente, (3) Su realeza, que garantiza nuestra ciudadanía en su Reino.

El apóstol Pablo, al reflexionar en la resurrección, describió esas tres mismas etapas: “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho.

[...] Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre [...]. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies” (1 Cor. 15:20-25). Y tenemos la misma progresión temática en el discurso de Pedro a la multitud en Pentecostés (Hech. 2:22-25; comparar con Hech. 7:56).

Todo el plan de salvación, como lo entendían los primeros cristianos judíos, sirve como preludio para la profecía. El Dios que viene no es otro que el mismo Mesías. Pero la profecía contiene más que la buena noticia de la liberación. No esperamos meramente un acontecimiento, sino también a una persona que amamos y que conocemos, y que *nos* ama y *nos* conoce. Esta relación personal hace que la espera sea mucho más intensa.

La primera profecía que presenta el Apocalipsis es la de la venida del Mesías. El libro describe al Mesías como era en el libro de Daniel: “He aquí que viene con las nubes [...]” (Apoc. 1:7; comparar con Dan. 7:13). La expresión parece exagerada, y a veces ha provocado risas y hasta comentarios despectivos. Algunos han pensado que está bien interpretarla en un sentido espiritual, como que Dios habita en el corazón y el alma de cada uno. Otros han interpretado como que es un poco más que mitología. No obstante, está claro que el profeta tiene algo bastante real en mente al seguir declarando: “[...] y todo ojo le verá, y los que le traspasaron [...]” (Apoc. 1:7). El texto, aquí, se refiere a una profecía pronunciada por Zacarías: “[...] Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito. En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén, como el llanto de Hadadrimón en el valle de Meguido” (Zac. 12:10, 11).

La alusión a Zacarías evoca la idea y las imágenes de llanto y de luto. Frente a “reyes y sacerdotes” (Apoc. 1:6), los que esperan fervientemente la venida del Mesías de lo alto, Yohanan establece otro bando: “los linajes de la tierra”, que confían en los poderes terrenales inmediatos y tangibles. Incluye no solo a los romanos que clavaron los clavos y lo vieron morir con sus propios ojos, sino también a los que contribuyeron indirectamente con su muerte: los sacerdotes celosos de su popularidad; los “discípulos” cristianos que cobardemente guardaron silencio; y, en última instancia, a toda la multitud de hombres y mujeres que, a través de las edades, de una u otra forma han participado en su asesinato. Yohanan predice que serán decepcionados. En vez de convertirse en reyes y heredar la vida eterna, se lamentarán por él; en realidad, no porque él haya muerto, sino porque en su Venida se darán cuenta del alcance de su juicio injusto. La Escritura compara su pesar con esa emoción profunda que tenemos cuando muere un ser querido. Verdaderamente es una nota irónica. Al que habían deseado que muriera –al que realmente asesinaron– ahora lo lloran, aun cuando verán con sus propios ojos que ya no está muerto.

Una respuesta litúrgica confirma que el Mesías regresará: “[...] Sí, amén” (vers. 7). Las palabras parecen proceder directamente de la boca del Traspasado, y es él quien habla ahora: “Yo soy el Alfa y la Omega, principio y fin, dice el Señor, el que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (vers. 8). Él es “Jehová Dios”, el YHWH Elohim de la Creación (Gén. 2), el Dios del comienzo y del fin del tiempo: “el Alfa y la Omega” (la primera y última letras del alfabeto griego); “el que es y que era”, y especialmente el “que ha de venir”; y “el Todopoderoso”, el *El Shaddai*.

Este último nombre es uno de los nombres más antiguos de Dios en la tradición hebrea. Israel llegaría a recordarlo, al Dios de los patriarcas, como al Dios de las promesas y de las bendiciones (Gén. 28:3; 35:11).

Shabbat

Yohanan recibe su visión en el “día del Señor” (Apoc. 1:10). La mayoría de los lectores cristianos piensa inmediatamente en el domingo, porque se olvida de que el escritor es judío, nutrido por las Escrituras hebreas y sumido en la tradición de sus ancestros. Además, la historia no comienza a referirse al domingo como el “día del Señor” hasta el siglo II d.C. De modo que es más convincente pensar en el sábado como el “día del Señor”, también llamado un día “para el Señor” en las Escrituras hebreas (Éxo. 20:10; Deut. 5:14, NVI). Por otra parte, el uso frecuente del número 7 en el Apocalipsis justifica nuestra alusión al sábado como la fiesta de inicio del libro. Además, el sábado presenta el ciclo anual de las fiestas bosquejado en Levítico 23: “Seis días se trabajará, mas el séptimo día será de reposo, santa convocación; ningún trabajo haréis; día de reposo es de Jehová en dondequiera que habitéis” (Lev. 23:3).

Según la tradición bíblica, el sábado era la primera fiesta de Dios que observó la humanidad (Gén. 2:1-3). También fue el único día que Dios santificó antes de dar los Mandamientos en el Sinaí (Éxo. 16:23, 29), y el único día que no depende de las estaciones, los movimientos de cuerpos astronómicos ni de ningún acontecimiento histórico. Por lo tanto, es perfectamente natural comenzar con el sábado.

Asimismo, es muy probable que Yohanan esté haciendo alusión al otro “día del Señor”, el *Yom YHWH* de los antiguos profetas hebreos (Isa. 13:9-13; Eze. 30:1-5; Joel 2:1-11;

Amós 5:18-20; Sof. 1:14-18; etc.), el día del Juicio y el día de su venida al final del tiempo. El contexto escatológico de nuestro pasaje confirma esa interpretación.

En otras palabras, Yohanan recibió su visión acerca del Día del Señor (día del Juicio final y de la *Parusía*) durante el día sábado (el otro día del Señor). El hecho de que el profeta haya asociado los dos días no es inusual. El sábado siempre ha tenido un trasfondo escatológico en la Biblia (Isa. 58:14; 61:1-3), al igual que en la tradición judía, que entiende que el sábado es la señal del día de la liberación y “el anticipo del Mundo venidero”.²³

De repente, Yohanan oye una gran voz detrás de él (Apoc. 1:10). El pensamiento hebreo sitúa el pasado “delante” de nuestros ojos, porque se extiende frente a nuestra percepción, en tanto que el futuro aún ha de ocurrir y por consiguiente viene de *atrás*.²⁴ Por lo tanto, implícitamente la gran voz representa el futuro.

A Yohanan la voz le suena cercana, familiar. Es la voz del Mesías, que conoció personalmente y a quien amaba, la voz del Yeshua resucitado del presente. Pero es también la voz que llega desde lejos, del futuro; la voz de Dios que está viniendo.

²³ Midrash Rabbah, *Génesis* 17. 5.

²⁴ La palabra hebrea *qedem*, que significa “delante”, designa lo que ya ha ocurrido, el pasado; la palabra hebrea *ahar*, que significa “detrás”, indica lo que viene después, el futuro. En contraste, los occidentales modernos tienden a ver el pasado como atrás y el futuro como adelante. Acerca de esta noción, ver Thorleif Boman, *Hebrew Thought Compared With Greek* (Nueva York: reimpresión 1970), pp. 149, 150.

Primera parte: Tormentas

Yohanan ahora esboza un retrato que representa a Yeshua (Jesús) que tiene doble identidad. El Yeshua de la visión del profeta se asemeja a un “hijo de hombre” normal, al igual que el Yeshua de los evangelios,²⁵ un ser de carne y hueso que habitó entre los hombres y las mujeres de aquel tiempo. Pero también tiene las características del glorioso “hijo de hombre” de Daniel, que, con sus ojos como antorchas de fuego (Dan. 10:6), participa del Juicio final y regresa sobre las nubes para inaugurar el Reino de Dios (Dan. 7:13).

Así, nos encontramos con el Dios que está cercano, presente en el ámbito personal en la carne de Yeshua el Mesías, y el Dios que está lejos, el Dios de la gloria futura. Cuando se dirige a Yohanan, el profeta cae a sus pies “como muerto”. Pero este Dios también tranquiliza: “No temas” (Apoc. 1:17).

Es esta tensión entre el Dios futuro, que viene, y el Dios actual, que enciende la esperanza en nosotros. Sin la seguridad de un futuro más allá de la angustia del presente, no tendríamos razón para esperar. Y, sin la fuerza diaria de la esperanza producida por un renovado encuentro con Dios, no tendríamos deseos de esperar. La esperanza requiere las categorías del presente y del futuro.

La primera serie de visiones refleja esta tensión. Escuchamos hablar del mártir fiel y del opresor infiel. Dios elogia y juzga la historia de la iglesia. La lluvia tiene dos caras: es una bendición y una maldición, una lluvia de vida

y una tormenta de muerte; y la iglesia también tiene dos caras.

[25](#) Mat. 8:20; 10:23; 17:9; Luc. 7:34; Juan 6:53, etc.